

## ECONOMÍA CONTRACORRIENTE. ANTOLOGÍA DE DAVID ANISI

Rafael Muñoz de Bustillo y Fernando Esteve (eds.)

Los Libros de La Catarata/ CIP-Ecosocial,  
Madrid 2010

336 págs.

David Anisi (nacido en Madrid, en 1949, y prematuramente muerto en 2008), profesor de Fundamentos del Análisis Económico en la Universidad Autónoma de Madrid antes de ser catedrático en Salamanca, figura entre aquellos que no quisieron dejarse arrastrar por la corriente de un sistema de presiones cómplice del libre mercado. Sus contribuciones fortalecieron decisivamente en nuestro país la contracorriente de «economía crítica», vista desde una perspectiva teórica, política y moral. En conmemoración de su ejemplar trayectoria, dos discípulos y amigos han querido ofrecernos el boceto de su resistencia en este séptimo volumen de la colección Economía crítica & Ecologismo Social.

La economía neoclásica (y los proyectos políticos neoliberales/neoconservadores muchas veces asociados con ella) cree en la autosuficiencia del mercado para distribuir los recursos económicos de una sociedad de la forma más eficiente posible, visión no intervencionista apoyada por la ley de Say según la cual «la oferta crea su propia demanda». Sin embargo, Karl Polanyi ya nos advirtió de cómo el mercado desprotege a quienes carecen de recursos.

A propósito de la crisis financiera y económica que estamos sufriendo a nivel global, y de forma especialmente oportuna frente al drama del desempleo que asuela nuestro país, Anisi nos revela el recorrido que condujo desde políticas de economía social hasta una economía neoliberal; es decir, cómo se gestó un Estado de bienestar que velaba por nuestras necesidades y derechos básicos, y cómo se tramó su derrumbe. Hoy la tendencia es que apenas se sosten-

gan sus ruinas carcomidas por eso que se ha dado en llamar «los Mercados».

La semilla del Estado de bienestar (*Welfare State*) fue el «pacto keynesiano» que se acordó tras la segunda guerra mundial entre democracia y mercado para estimular el desarrollo económico en la Europa occidental. Su objetivo principal era la consecución del pleno empleo, la distribución de los recursos, el crecimiento de los salarios reales y del tipo de beneficio... políticas asistenciales (gracias al equilibrio entre los intereses del capital y los del trabajo), y derechos sociales (el «derecho a tener derechos», como diría Hannah Arendt). Sin embargo, fue produciéndose un deterioro de lo que Schumpeter denominó «clima social». El modelo sedicentemente comunista en China y la URSS conquistó numerosos adeptos entre la juventud. En vista de las nuevas reivindicaciones, y de que no se cumplieron las condiciones del pacto a satisfacción del capital (por una parte, la distribución de la renta se había inclinado a favor de los salarios, para compensar el incremento de la productividad animando la demanda, y por otra, la participación del Estado había ido en aumento), el mercado rompió dicho pacto. En 1973 se inició la crisis que consagró la escisión definitiva entre democracia y mercado, a favor del segundo. Este indujo la crisis a partir de un «shock de oferta». Se trataba de renegociar las condiciones del «contrato». Las democracias agacharon la cabeza, permitiendo la vuelta al individualismo egoísta, al canto del tutú (tú eres único, tú eliges) y del yoyó (yo he conseguido, yo he luchado). A este último fenómeno Ulrich Beck lo llamó «modelo biográfico» (cada cual se preocupa por su propia carrera profesional, y desaparece la solidaridad obrera), y Norbert Elias lo apodó «sociedad de los individuos». Se desasistieron las necesidades humanas, es más, se estigmatizó a los asistidos en una campaña que nos recuerda a la condena secular de los «malos pobres» que «se lo tienen merecido». El mercado ya sólo respondería ante la demanda monetaria. El voto político se convirtió en un burdo simulacro: los que conta-

ban eran los votos económicos. Quien tuviera el capital manejaría los hilos del teatrillo.

Lo que se jugó aquí fue un cambio de régimen del capitalismo, una «gran transformación», en el sentido de Karl Polanyi. El capitalismo industrial «fordista» fue perdiendo terreno en beneficio del capitalismo «posfordista» financiarizado, y desde entonces toda una cadena de desastres nos condujo a donde estamos hoy.

Se redireccionó la producción alimentando diversas carreras armamentísticas internacionales (la producción y venta de armas es una demanda que se autogenera, autoproduce y automantiene), y se invirtió el proceso de redistribución a favor de los beneficios. Bajo las nuevas tecnologías, la educación dejó de ser necesaria para el funcionamiento de la economía. Las consecuencias son hoy manifiestas: «la masificación de las universidades públicas donde nada se aprenda se acompañará de una educación superior privada para la minoría del conocimiento que la tecnología exige» (p. 132). Además, la inversión incorporadora de estas nuevas tecnologías incidió mucho más en el aumento de la productividad que en el crecimiento de la demanda efectiva, provocando necesariamente desempleo. Para compensarlo, surgió el trabajo extramercado y disminuyó el nivel de vida de buena parte de la población. Ahora trabajamos más por menos salario y con menos garantías. Además, hemos perdido el poder sobre nuestro tiempo, lo que nos conduce a una «frustración del consumo» en la que no tenemos tiempo para leer los libros que compramos, o para salir con los amigos.

Esta política económica se sigue presentando como la única posible. Cabe preguntarse: ¿para qué y por qué? (p. 145). ¿Por qué la recuperación debe venir de la iniciativa privada y no del crecimiento del gasto público y la redistribución de los salarios? Explica Anisi que fue el propio capitalismo el que entró en crisis debido al auge de la democracia, y el que ahora empieza a recuperarse al haberla hecho retroceder

mediante un proceso de privatización de empresas e instituciones públicas. En lugar de pensar en necesidades y valores, se piensa en demanda avalada con dinero y precios. Sin embargo, nuestras sociedades son mucho más que un mercado. El derecho al trabajo no sólo supone el derecho a la apropiación del producto, sino la fuente primordial de reconocimiento y respecto social (el trabajo dignifica: no se trata de un privilegio, sino de un derecho. Parece que lo hemos olvidado). Para David Anisi el pleno empleo es el núcleo duro de la democracia. La exclusión social está asociada al desequilibrio de poderes entre órdenes, persuasiones y precios, pues en el nuevo Imperio del mercado sólo rige la ley del más rico.

Lo que describe Anisi es una ruptura de la proporción entre jerarquía, mercado y valores en favor del monopolio social del mercado. Han logrado que olvidemos que dicho mercado es un medio para vivir, y no una finalidad; han logrado que creamos que trabajamos para ellos y no para nosotros; han logrado que compitamos por entrar en su tráfico de esclavos; han logrado que asumamos la hiperexplotación e hiperprecarización del trabajo, y que no repliquemos ante los síntomas del *burnout*.

Como diría Robert Castel, vivimos en una «sociedad salarial» sobre la base de la desigualdad de posiciones.<sup>1</sup> Explica Anisi que, desde la perspectiva del capital, la característica óptima del trabajador asalariado es el miedo (p. 148). Y cabe preguntarse ¿hará falta volver al siglo XIX para que se supere nuestro límite de resignación? Atravesamos tiempos inciertos, dentro de esa «sociedad del riesgo» que describe Beck, en donde el foco de atención se ha desviado del «riesgo social» (dependencia, desocupación, precariedad) a favor de la previsión (¿o creación?) de «factores de riesgo» (anticipación de peligros virtuales asociados al terrorismo y la criminalidad). Zygmunt Bauman lo describe como una metamorfosis del Estado de bienestar: desde –tendencialmente– una comu-

<sup>1</sup> *El ascenso de las incertidumbres*, FCE, Buenos Aires/ México DF, 2010.

nidad inclusiva hacia un Estado excluyente, de justicia criminal, penal y de control de la delincuencia. Robert Castel lo plantea de este modo: «poder estar informado de la posibilidad de que ocurra un acontecimiento indeseable antes de que se produzca, puede ser muy valioso. Pero ¿quién construye esos datos, quién los controla, y cuáles son exactamente los objetivos perseguidos? Esta instrumentalización de la noción de riesgo está en vías de dar un poder que podría ser exorbitante».<sup>2</sup> Pero, además, el sistema trata de ocultar los auténticos “nuevos riesgos” que padece la sociedad, y que hacen que el porvenir de la civilización se dibuje bajo el signo de la amenaza: la explotación descontrolada de los recursos del planeta produce un efecto bumerán en catástrofes nucleares como la de Chernóbil, el efecto invernadero con el recalentamiento del planeta, etc. Así lo ilustra Ulrich Beck: «estamos sobre esta tierra como sobre un asiento eyectable».<sup>3</sup>

Desde 1973 el pleno empleo dejó de ser un objetivo real de la política económica. La consecuencia fue una crisis fiscal: los gastos del Estado crecían y los ingresos disminuían. Se trazó un nuevo objetivo: controlar la inflación de manera que se mantuviera la distribución de la renta (si subían los salarios, subirían los precios, y se sostendría el índice de beneficios). Pero, con toda la flexibilidad que se quiera dar a los mercados, en la existencia de un tiempo histórico donde el pasado está dado y no se puede cambiar, y el futuro es incierto e impredecible, puede aparecer el desempleo involuntario masivo (p. 208). Y así ha sucedido.

Son tres las preguntas a las que se supone debe dar respuesta un sistema económico: ¿qué producir? ¿cómo hacerlo? Y ¿para quién esa producción? Ello nos conduce a una cuarta pregunta: ¿es el sistema del libre mercado el mejor modelo de desarrollo económico? Hubo una época en la que el mercado no era la única

corriente, sino que rivalizaba con un antagonista encarnado en la URSS y sus países satélites. Pero la caída del muro de Berlín reunió todos los cauces en uno (o eso quisieron que creyésemos). Para Anisi no se trata tanto de proponer una alternativa al mercado, sino de volver a aplicarlo como mecanismo social de asignación (más o menos) eficiente de los recursos, y no como instrumento privado de ejercicio del poder (p. 249). Pero, ¿cómo lograr, según la fórmula de Polanyi, «domesticar el mercado»? La extensión globalizada del mercado requeriría de una autoridad mundial que lo regulase, dado el inmenso déficit de instituciones internacionales con el poder de imponer reales protecciones frente a la competencia despiadada (es sabido que el FMI y la OCDE están “compradas”).

Sin embargo, no todo está perdido. En palabras de Anisi: «Creo en la posibilidad de reconstruir el Estado de bienestar, con una dimensión europea, solidario y cooperador con los países pobres, garante del medio ambiente, y con una profunda responsabilidad sobre el planeta que legaremos a los que vengan después».<sup>4</sup>

*Candela Dessal*  
Dpto. de Filosofía (UAM)

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 33.

<sup>3</sup> *La sociedad del riesgo*, Siglo XXI, Madrid, 2002.

<sup>4</sup> *Creadores de escasez*, Alianza, Madrid, 1995, p. 116.